

»Las de una de tus víctimas te copian?...
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,
Furibundo Velazquez atájole:
De una infiel y un traidor el hijo sea;
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza
A un caballero de mi sangre y porte.»—
Nuevo rumor de indignación resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronce
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre.
Libre su madre.—Enternecido el Conde,
Y yo le legitimo, como puedo
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla
Pueden reconocer los ricos-hombres

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, más ó menos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia vi en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Ajax, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.

Por-buenos á sus hijos naturales,
Os autorizo á celebrar.» Entónces

Rui-Velazquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

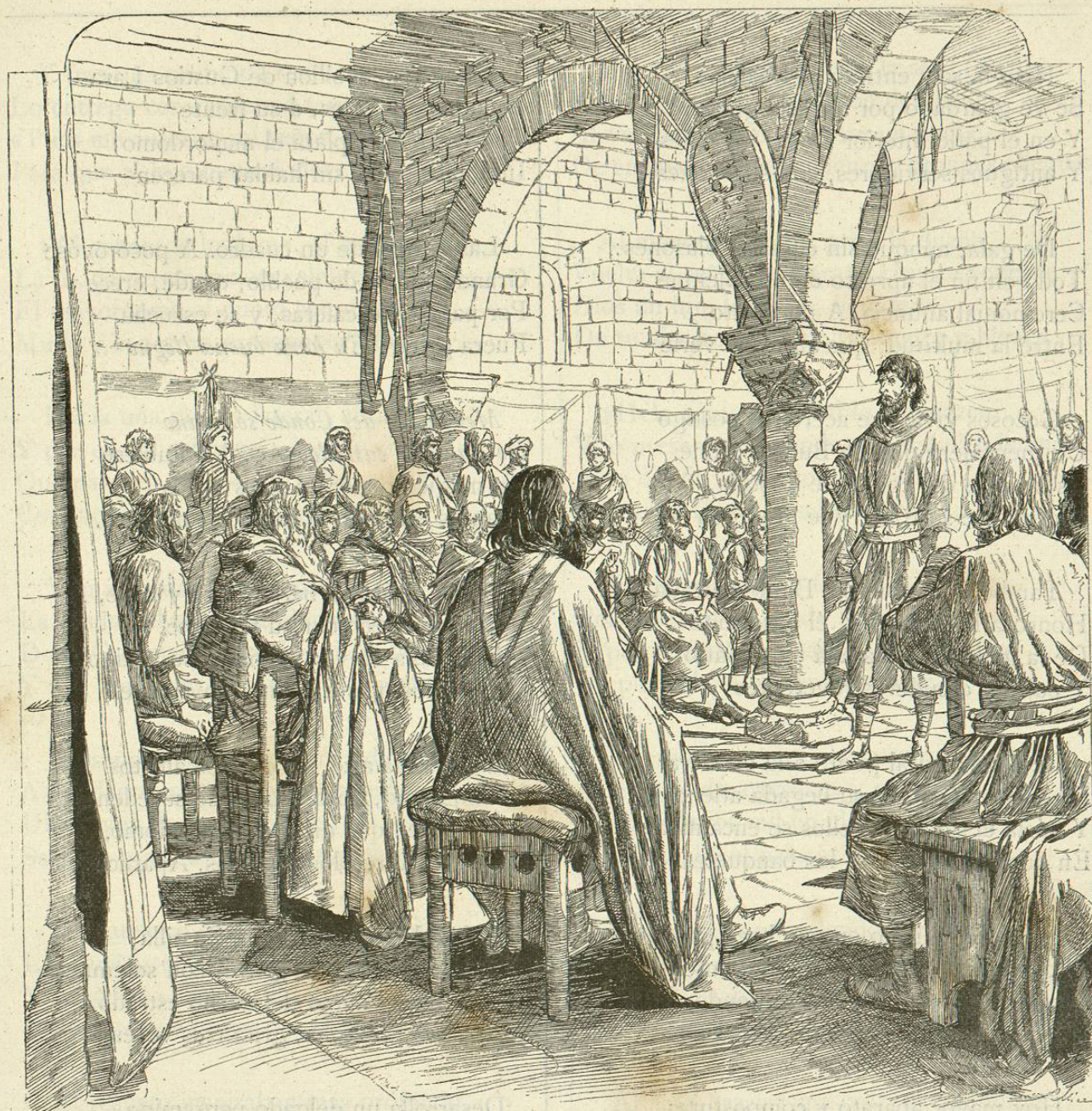
De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz agria y discordé:

«Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me lo pone
En las manos. Acepto el desafío:
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza
Te daré la respuesta, incauto jóven.»
Dijo, y desapareció con sus secuaces:
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan
Al ciego Lara y al agosto Conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.



ROMANCE OCTAVO

Meteldo por la manga, y salirseos ha por el
cabezon. *Proverbio antiquísimo.*

Sobre si bebe poquito,
O sobre si sobrebebe,

Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

De la villa de Salas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnaldas verdes,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, ora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedor por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Burgos viene.
Es heraldo del conde de Castilla,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y maceros. Danle entrada
Honrosa los armados, él desciende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y hácia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos días
El conde y Rui-Velazquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillón, que en parte cubre
Con groseros recamos un tapete,
Aunque de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trencilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está: á su diestra
Ocupa otro sillón el Arcipreste,
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillón de Gustios Lara
Escuderos y pajes, á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmóviles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del Conde soberano
De Salas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces
Cuántos están en el salón, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por orden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un listón dorado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el Conde
Permiso á Gustios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres ricos-homes y prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gustios. Este,
«Pues me autoriza mi señor, responde,
Para que al hijo natural eleve

»Al grado de legítimo, al momento
La usada ceremonia se celebre.»
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Hácia una puerta lateral, abrióla,
Y por ella al salón seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Salas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban más profundo,
En medio del salón luégo procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y áun necia nos parece,

Porque usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aún vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal, que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte del padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca (33),
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil, gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: «Hoy te concede
Dios un hijo legítimo, heredero
De tu alto nombre, de tu sangre y bienes.

»Héle aquí; como tal lo reconozco,
Y lo presento al mundo.»—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale también la anciana tia,
Por el orden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El Arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí habia
De la casa de Lara, cual presentes

Al acto, trazan una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gustios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al Conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salón mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sino también los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desorden, aunque alegre,
Blanco pan, duro queso, varias frutas,
Ternerías, cerdos, zaques y toneles.

—Pronto dejó el festin el ciego padre,
Por más que ya risueña se le muestre
La inconstante Fortuna: sus recuerdos,
Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aún le cercan
Del porvenir, y el gran pesar que tiene
De que el hijo se niega á ser cristiano,
Hasta que en dura lid su nombre venga;

Le privan de contento y de reposo,
Le amargan los instantes más alegres,
Atormentan doquier su alma cascada,
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
Muy capaz de llevarla, al Arcipreste,
Y con Nuño á su estancia retiróse,
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
Costumbres avezado, aquellos brindis
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
Atravesando y patios, do la gente
Se entregaba al desórden y alegría,
Solo á vagar por los contornos fuése.

Desque á Salas llegó, correr los campos
Y por sus quebras ásperas perderse,
Ora con un azor ó una ballesta,
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
Que la naturaleza allí le ofrece,
Y que el influjo del invierno atrista,
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
Diera en tan corto espacio de sucesos
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
Acrecentó los grados de su temple.
Los pelados peñascos y los riscos
Aridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
Que de voraces lobos son albergue;
Las gargantas y horrendos precipicios
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
En vano busca abrigo, sol y verde;
Y hasta el mismo respeto y el asombro
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos (pues la fama
De que es el alma de Gonzalo crece
En el vulgo ignorante cada día);
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
Del jóven cordobés sin duda tienen
Armonía mayor que tus encantos,
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
De la que acaba de tener, y vese
En escena tan nueva, tan extraña,
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
Tan súbita mudanza, que se puede
Asegurar, ser otro muy diverso
Del que era allá en los campos cordobeses.

Sólo en su corazon (que están grabados
Con un buril de fuego) permanecen
Dos antiguos afectos, y han crecido
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
Que de Guadalquivir las auras mecen,
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamás en el pecho de Mudarra
Tanto poder tuvieron, como tienen
El respeto á la sombra de su madre,
Y hácia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
Ligado está con vínculos estrechos;
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero... ¡lo que es el corazon del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?...
Esta pasion profunda, inarrancable,
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobés Expósito, borrada,
Olvidada, y áun casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgara, que tornar nunca pudiese. —

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desaparece.

Mas ¡ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por más que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio dia, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga,
De la gran catarata, que descende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla tambien, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de Kerima
El amor, más tenaz, más vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse;
Al paso que imposible, más ardiente
Y más constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Salas cercan, entallado tienen
El nombre de Kerima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caracteres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbras, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albaida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;